

EDUCACION SEXUAL PARA UN SEXO SIN SUJETO

Javier García Castiñeiras¹

En los últimos tiempos hemos asistido a una reactualización tanto de la polémica sobre la educación sexual en el sistema educativo como de una difusión-educación sexual al público en general a través de los medios y especialmente en la televisión.

La reforma de la educación, la relación entre el SIDA y la sexualidad y la polémica sobre la diversidad sexual, el matrimonio homosexual y el aborto, han participado decisivamente a relanzar la discusión sobre la educación sexual. No se explicita en cambio ¿de qué educación se trata y de qué sexualidad se trata? Sí sabemos que en tanto estos temas incumbieron al sistema político pronto la sexualidad humana se transformó en un problema de política de salud sexual y educación sexual.

El tema parece suficientemente importante y complejo a la vez, lo que no es frecuente observar en las apariciones mediáticas. La importancia del tema sí es tomada en muchas opiniones pero sorprende la reducción, hasta humorística si no tuviera trascendencia, que toman algunos discursos que tienen mucha difusión y aceptación actuales.

Creo que corresponde comenzar diciendo que la información y discusión sobre temas de la sexualidad humana en la enseñanza en general, pública y privada, laica o no, corresponde que integre los programas formativos. Ningún aspecto humano de la información-formación puede quedar excluido de nuestros sistemas de enseñanza-aprendizaje así como de la difusión pública. La libertad informativa y formativa debería ser indiscutible en el siglo XXI. La sexualidad es parte constitutiva esencial de la condición humana, de las experiencias fundamentales de cada sujeto, en una singularidad especialmente respetable y es un factor fuertemente determinante de la afectividad y creatividad humanas, de las relaciones de parentesco, es decir de la constitución de parejas, familias y organizaciones sociales. Muchos de estos puntos no se encuentran en las políticas de salud sexual y educación sexual que toman a la sexualidad humana muy cercana de la sexualidad animal biológica, si no las identifican. También la

¹ MÉDICO, PSIQUIATRA, PSICOANALISTA, Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, International Psychoanalytical Association. E-Mail: gp@adinet.com.uy

sexualidad tiene una fuerte incidencia tanto en la conservación de la salud física y psíquica, como en la decisión responsable de cada uno y de una pareja respecto a su descendencia, en oportunidad y en número, lo que incide en el tipo de construcción de la familia y de la calidad de vida de cada uno y del grupo. Pocos temas tienen una complejidad y trascendencia individual y social como este. En esta trascendencia quedan especialmente incluidas las discriminaciones y exclusiones ideológicas (religiosas, políticas), que toman a la sexualidad como objeto y rehén, especialmente en su disfrute, en los distintos tipos de elección de objeto y de identificación sexual, junto a otros aspectos que establecen diferencias, como la raza, la religión, la posición política, las diferencias de clases y posición económica y las inserciones socioculturales.

Este punto de partida de la necesidad de inclusión del tema tanto en la enseñanza como en la difusión general no resuelve la complejidad del mismo, es decir, lo que entendemos por sexualidad.

El Psicoanálisis, hace ya un poco más de cien años, ha descubierto la importancia de la sexualidad infantil en la construcción del psiquismo, su influencia tanto en la afectividad como en el desarrollo intelectual y físico, en el crecimiento en todas estas áreas y también, punto del cual el Psicoanálisis partió, de su incidencia en el sufrimiento humano, esto que disciplinariamente se traduce como Psicopatología. Todos estos aportes se disponen hoy como conocimiento general.

También la antropología cultural y la sociología nos han mostrado la importancia, diversidad y complejidad de los rituales vinculados a la diferencia de sexos y a los momentos sociales de reconocimiento en el pasaje a la sexualidad adulta, así como a lo decisivos que estos ritos de pasaje son tanto en la organización social, sistemas de intercambio y en la identidad subjetiva. Distintos abordajes de la investigación y el conocimiento nos están instrumentando con conceptos que, si bien no son superponibles, son trabajables en articulación y éste trabajo ha sido especialmente productivo tanto para ambas disciplinas como para el conocimiento en general.

Uno de los temas que estas disciplinas han abordado y conducido a conceptos no superponibles pero trabajables, es el del sujeto. Dado que el tema tiene diferentes perspectivas tomaré sólo alguna de ellas. El Psicoanálisis como la antropología social y la sociología nos permiten ubicar la idea de sujeto como efecto de otros elementos, exteriores a él, que lo ubican y determinan. Este rasgo descentra la noción de sujeto de la de conciencia y voluntad. El sujeto humano queda especialmente determinado por fuerzas y estructuras que lo anteceden y rodean. Relaciones de parentesco, prohibición del incesto, inserción en los sistemas de producción, son ejemplos de estas fuerzas y ordenamientos sociales. El Psicoanálisis, por su parte, introdujo el conocimiento sobre la sexualidad infantil y el Complejo de Edipo de los que haré puntualizaciones parciales:

- 1) Distinguió sexualidad humana de genitalidad o sexo adulto tal como se lo entendía y como se insiste en entender. Descubrió un placer sexual legítimo en otras zonas corporales tales como la anal y la oral, incorporadas con evidencia a la sexualidad genital posteriormente, pero también prevalentes en la sexualidad infantil, cuando la genitalidad es solo una promesa. Desde el nacimiento se pone en juego y en construcción un cuerpo erógeno que no queda sólo ni prioritariamente definido por la biología, lo que nos permite hablar de construcción del cuerpo y de las sexualidades.
- 2) Las mociones sexuales infantiles, las huellas de su experiencia y las fantasías fundamentales en torno a ellas, no tienen acceso directo a la conciencia y, como huellas inconscientes, mantienen fuerza y efectividad de por vida.
- 3) Las prohibiciones ordenadoras que introduce la cultura, ya desde las primeras experiencias con los padres y hasta en cómo el hijo es deseado, entran en conflicto con estas mociones pulsionales. El conflicto determina un mecanismo de represión y sustitución simbólica que estructura el psiquismo. Como consecuencia la sexualidad humana nunca será natural ni transparente y siempre tiene un lado singular y conflictivo. Éste podrá expresarse por derivados simbólicos sublimatorios, por fantasías, sueños, lapsus, chistes y síntomas, que podrán o no constituirse en estructuras patológicas definidas.
- 4) La diferencia de sexos no se limita psíquicamente a la diferencia anatómica de ellos. Pulsiones sexuales parciales, huellas que dejan las experiencias sexuales con los otros y

sus sustitutos simbólicos, que es a lo que podemos acceder, se organizan en torno a un símbolo muy especial: el falo. Este adquiere imágenes diversas y prevalentes en cada uno y en la cultura, circula y, de acuerdo a cómo se posicione, determina el lugar del sujeto, sus rasgos identificatorios y las elecciones de objeto sexuales. Es el símbolo de la sexualidad que es donde nosotros vivimos la sexualidad. Su circulación establece una alternancia entre presencia-ausencia, oposición que está en la base de la cultura en la oposición de significantes en el lenguaje, y que mueve a desear. Como lejos está el Psicoanálisis de haber inventado este símbolo fálico que está presente de distintas formas en todas las culturas y épocas -el Psicoanálisis lo que ha hecho es introducirlo como signifiante de la sexualidad y organizador de la sexuación- él deja en evidencia el intrincamiento entre la sexualidad y la cultura. Esto es, tanto en la constitución y perfiles del deseo, como en las identificaciones sexuales, elecciones de objeto sexual y en lo que inevitablemente tenemos que reconocer como variantes de la sexualidad. Es decir, cómo van cambiando la sexualidad, las relaciones de parentesco que nos organizan, los imaginarios sexuales de cada época y cultura y las identificaciones sexuales subjetivas.

La complejidad del tema está también situada dentro del Psicoanálisis, en discusión con los conceptos originales de S. Freud y entre los psicoanalistas del presente. Quizás imposible de sortear pues es inevitable que, tanto como lectores como autores de ideas, estamos marcados por el lugar desde donde pensamos. Evidencia de ello es el tiempo que le tomó a la medicina incursionar desde su ángulo la anatomía directa de los cuerpos y especialmente la sexual y, aun escrutando sus intersticios, lo evidencian las distintas formas en que se fueron armando los discursos de la medicina en cada época. Sin dudas nosotros estamos más expuestos pues nuestro instrumento y medio son las palabras.

Enfrentados a un articulador casi común entre la antropología cultural y el Psicoanálisis, como lo son las nociones de prohibición del incesto y prohibición del deseo edípico, ambos introduciendo la sexualidad en una legalidad pero al mismo tiempo armando la sexualidad con esas leyes, nos encontramos paradójicamente con una diversidad sexual difícil de reconocer oficialmente, sea desde el derecho o desde las teorías mismas, Psicoanálisis incluido, por cierto.

Lo más reglamentado es a la vez lo más diverso en cuanto a la singularidad de las subjetividades.

Es porque la sexualidad humana a pesar de ser especialmente reglamentada es plural, tan plural como sujetos la experimentan, que correspondería que utilizáramos el plural de sexualidades. Los intentos de clasificarla son muchos. Que el objeto que se elija sea definitorio de un tipo de sexualidad es una reducción obligada tradicionalmente por el poder de ideologías y no por la complejidad que caracteriza a la sexualidad humana. Que el poder determine cómo deben ser las “cosas” no implica que así sean, como efectivamente la historia y la vida lo muestra con sobradas evidencias. La existencia de sexualidades diferentes y difícilmente clasificables no es una realidad especial de nuestra época. Pero sí caracteriza a cada época la forma en que se manifiestan y clasifican. No podemos olvidar que las manifestaciones psíquicas estuvieron muy ligadas a lo legal y lo policial, como sistema clasificatorio y de exclusión, así como las diversidades sexuales.

Como psicoanalista y en contra de la opinión quizás de muchos colegas y de algunos pasajes de los escritos freudianos, no encuentro en mi práctica clínica ningún elemento para sostener que una elección de objeto heterosexual u homosexual es signo suficiente ni necesario de una sexualidad humana satisfactoria, tanto para un sujeto, una pareja o una familia. La sexualidad no empieza ni termina en la elección de objeto.

Quizás menos polémico en nuestro ambiente pero sí en otros, el mito de que la sexualidad se reduce o liga a la reproducción o el reduccionismo de que se circunscribe en un hecho biológico, son hoy, en mi opinión, igualmente insostenibles. El primero de estos mitos, ligarla a la reproducción, no requiere que nos detengamos a explicarlo, pero sí el segundo, pues una de las posiciones que defiende la educación sexual muestra sus argumentos en reducirla a un fenómeno biológico. Esta es la posición a la que me referí que ha tomado gran difusión en toda la prensa, que incluso tuvo programas televisivos y que tiene cierto liderazgo en las políticas de educación sexual existentes. Si hablamos de sexualidad aparecen los especialistas del sexo. Se trata de la concepción de una sexualidad humana referida sobre todo a la biología y en parte, a la medicina, pero proyectada como forma de entender los fenómenos humanos. De hecho no es la medicina en sí ni los médicos en general los que la sostienen, sino los especialistas en sexo. Una concepción de-subjetivante, a-histórica y de-socializante de la sexualidad, se corresponde con una concepción del hombre máquina, determinada genéticamente y realizada

a través del cuerpo biológico y sus necesidades. Escuchamos así los increíbles consejos o indicaciones conductuales que funcionan como un manual de usuario para electrodomésticos o cualquier máquina que sorte a la subjetividad. Indicación de inyecciones, de lencería, de revistas eróticas, de posiciones, de prótesis, etc. (todos lo pudieron ver en programas de televisión y en diferentes artículos de prensa), donde la búsqueda del placer se reduce a técnicas que tienen en sí mismas su goce. No se trata, claro está, que censure a esos temas como inmorales y que de ellos no se pueda hablar o que esos recursos no puedan ser usados, se trata de que la sexualidad humana se encare en ese reduccionismo como un acto sin sujeto.

El cuerpo, su privacidad, las fantasías, las emociones, la historia de las experiencias infantiles, adolescentes y adultas, las condiciones no conscientes que determinan estas vivencias y experiencias, hacen una singularidad humana hablable, compartible en alguna medida, donde la información anatómica y funcional no es más que un pequeño capítulo, que por cierto debe estar. Pero nadie se imagina que alguien pueda tener experiencia sexual humana por haber sido informado biológicamente, algo así como aprender a hacer el amor en un curso postal. O como dice el Sr Smithers en los Simpsons *“Yo soy heterosexual siempre y cuando me ponga las inyecciones cada diez minutos”*

En consecuencia reconozco sentirme entre dos poderes ideológicos que no comparto en absoluto: el de quienes ejercen una censura sobre los temas sexuales y sobre todo placer desligado de la reproducción en parejas formal y religiosamente constituidas y entre quienes toman la sexualidad humana como técnicas que conducen a la satisfacción, cuales quiera fueran y sin consideración de los sujetos en cuestión.

Hablar con niños de la sexualidad es también poner en discusión los imaginarios sexuales que constituyen cada grupo, las rivalidades, las desvalorizaciones mutuas entre niñas y varones y en cada sexo o quizás especialmente la de los varones a las niñas, los imaginarios de lo que “es” “ser un varón” y “ser una niña”, de lo que pueden hacer unos y otras, hablar de las familias, de los padres y su relación, de las funciones sociales de la mujer y el hombre, es desculpabilizar a niños y adolescentes (y por qué no también a adultos y personas mayores) respecto a los deseos sexuales pero, claramente, no alcanza con decir que ello no debería provocar culpa o vergüenza como se hace, sino des-construir grupalmente los mandatos y fantasías, conscientes o no, que sustentan esos sentimientos. Y al mismo tiempo ser muy respetuosos de la opacidad, la privacidad en que estos sentimientos y deseos se tienen y,

especialmente, de las prohibiciones que ordenan tanto la vida psíquica de cada sujeto como la de los intercambios sexuales en la sociedad. Entiendo que no es una tarea para una disciplina (los supuestos especialistas en sexo no lo son en sexualidad que no es lo mismo) y requeriría la participación multidisciplinaria de los proyectos y sus realizaciones.

A lo que refiero no es a un fenómeno aislado pues recientemente en un informe especial de un informativo televisado se trató a la ansiedad, la angustia y los llamados “ataques de pánico” de la misma forma. Aparte de la medicación que, es cierto, bien puede ser necesaria en muchos casos, se indicaba una explicación racional de porqué el pánico no era una reacción adecuada y por ello ser sustituida con la ayuda de técnicas. Se desconoce que la angustia, la ansiedad, las fobias, son síntomas pero no en el sentido médico que, si aplicáramos términos de la semiótica serían mejor llamados “signos naturales”, como la relación de la fiebre-síntoma con el fenómeno infeccioso que la produce, o como la relación de señal entre el humo y el fuego. Es decir el síntoma médico tiene una relación de contigüidad con la causa. Los síntomas psíquicos, donde participa la afectividad, los pensamientos conscientes e inconscientes (pues el sujeto no tiene noticia de por qué le pasa lo que le pasa), producto de conflictos internos, son al estilo de metáforas la producción que sostiene cierto decir, podríamos llamarlo camuflado o en lugar de otra cosa que no accede a la consciencia en ese momento. De hecho no se sabe por qué se teme algo o porqué se está angustiado. Esta complejidad humana que tiene un fundamento psíquico y otro en el contexto familiar, relacional, social e histórico queda eludida. Y en esa elusión se excluye la humanidad del padecimiento.

El problema no es nada menor. Se sustenta en el arcaísmo del pavlovismo y el behaviourismo que ha dado buenos resultados en el entrenamiento animal y quizás también en el entrenamiento militar: “¡Soy una máquina de matar!”, “¡Soy una máquina de matar!”. Y así sabemos se construyen mentalidades y sociedades cuyas consecuencias catastróficas solemos ver tardíamente. Porque mientras las fabricas producen más, los hombres hacen sin pensar críticamente, las certezas personales y dogmas que se sostienen en el rechazo al diferente, que da sus réditos, los problemas parecen resolverse pragmática y rápidamente, lo que favorece a las aseguradoras y a las empresas farmacéuticas y quizás en futuro próximo a los que vendan genes para el hiper desarrollo masculino, la mítica creación del andrógino, el trasplante de genitales más ostentosos o la consola digital que determine la erección o el orgasmo. Entonces

habremos alcanzado el mejor orgasmo del mercado o la menor angustia del mercado. Y no podemos pensar hoy que esto es solo una ironía.

Aunque la discusión resulte ríspida pienso que es importante tenerla, si es que la condición humana en toda su diversidad existente y por venir, nos importa más.

RESUMEN

Una tendencia creciente –por qué no: apabullante- a colocar al hombre, la mujer, el joven y el niño como destinos de políticas que, siendo sanitariamente necesarias, sortean la singularidad de los sujetos en juego, nos hace plantear la conflictividad compleja de este tema. La tendencia actual refiere a la concepción de la sexualidad humana como una política de salud sexual y otra de educación sexual, ambas con cierto alineamiento a los programas sobre sexo y técnicos sexólogos que dedican a recomendar juguetes y/o técnicas. Éstas no son descartables por cierto, como no lo es la información biológica, pero se coloca en ellas la solución a las dificultades de la sexualidad. El sujeto humano, sexual, social, queda eludido y tratado como un usuario de sexo al que se le dedica un manual de técnicas como los que traen los electrodomésticos. Botones para su buen uso y cuidados para no correr riesgos. En cierto sentido el conocimiento médico necesario para la supervivencia animal ha tomado las riendas de la política en temas que hacen pie en la singularidad humana, que excede largamente los problemas de salud y de conocimiento biológico. El Psicoanálisis ha situado a la sexualidad como motor de la vida de cada hombre y mujer así como del grupo y la cultura. La sexualidad en Psicoanálisis tiene su base en la condición reprimida e inconsciente de los deseos así como en su sustitución metafórica, simbólica, en toda la vida de relación social y en los procesos de sublimación y creación. Es en ese mundo simbólico donde la sexualidad humana existe y se juega, lo que abre mayor libertad para que la genitalidad se ejerza con mayor satisfacción. El tema es tan necesario como polémico.